



MEDITACIÓN 18
VIERNES SANTO - VIA CRUCIS

**JESÚS, LOS NIÑOS
Y LOS JÓVENES:**

UNA CRUZ COMPARTIDA

P. Juan Jaime Escobar Valencia, Sch. P.

INTRODUCCIÓN

A

quí estamos un año más, porque aquí está Él un año más. Lo hizo una vez para siempre, pero siempre significa siempre y por eso siempre vuelve a cargar la cruz, su cruz, la cruz de todos nosotros, la cruz de todos los que sufren, la cruz de los más inocentes, la cruz de los mayormente necesitados y también la cruz de los niños y los jóvenes, con quienes hoy oramos, por quienes hoy elevamos nuestra plegaria. Nuestros niños y jóvenes son niños y jóvenes de esta época y de este tiempo, con las energías e ilusiones propias de su infancia y juventud; pero también con las tristezas, los sufrimientos, las cargas y pesos que llevamos todos sobre nuestros hombros como nuestra propia cruz; y, claro está, en este desconcertante hoy que compartimos, con los mismos miedos y la misma zozobra y el mismo confinamiento de todos. Hoy queremos decirle a Jesús que no está solo cargando la cruz, que nosotros estamos con Él, que nosotros la vamos cargando también. Pero así mismo queremos decirle, pedirle, suplicarle, que nos ayude a cargar nuestra cruz de cada día. Si Él está podremos con lo que no podemos, si Él está no nos derrumbaremos por nada, si Él está haremos completo el camino de la vida sin darnos por vencidos, si Él está se disiparán nuestros miedos y se llenarán de luz nuestras oscuridades.

Hace un año Su Santidad el Papa Francisco convocó un sínodo de los jóvenes. Quiso que los jóvenes nos dijeran quiénes son y qué esperan de la Iglesia y deseaba llamar a los jóvenes para que se acercaran a Cristo y lo conocieran y conociéndolo lo amaran, pues en Cristo está su mejor oportunidad de vivir en plenitud. Vamos a meditar este camino de la cruz para orar especialmente por los niños y por los jóvenes y para pedir Espíritu Santo en abundancia para todos los que los cuidan, los acompañan, los protegen, los forman y los ayudan a vivir.

Oremos juntos siguiendo el camino de la cruz. Oren con nosotros y por nosotros. Y no olvidemos que todos cargamos también una cruz: que los niños y las niñas llevan lágrimas en sus ojos, que los

adultos suelen ser fuertes por fuera y frágiles por dentro, que los ancianos ya caminan encorvados por el peso del tiempo y el desgaste, que la humanidad entera se siente agobiada por una pandemia; y que todos necesitamos que Jesús nos sostenga en esta vía difícil, la vía de la cruz.

Oremos:

Señor Jesús,
Tú que recorriste completo el camino de la vida,
como lo anunciaron los profetas,
como lo contempló en su corazón tu pobre Madre,
como te lo pidió tu misericordioso Padre,
no permitas que las cargas de la vida nos aparten de nuestro propio camino
y danos tu fuerza y tu valentía
para caminar nuestra vida hasta el final.
Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.
Amén.

PRIMERA ESTACIÓN:

JESÚS ES CONDENADO A MUERTE



V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

3

Lectura del Evangelio según san Marcos (15, 14-15)

Pilato les dijo: «Pues ¿qué mal ha hecho?». Ellos gritaron más fuerte: «Crucifícalo». Y Pilato, queriendo complacer a la gente, les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran.

Ante Pilato, ante el poder político romano, ante alguien que no le entiende, que no sabe nada de parábolas ni de bienaventuranzas y que no cree ni en profetas ni en milagros; pero ante quien se supone debía obrar según la justicia, está Jesús siendo juzgado y condenado. Y Pilato no verá. No verá la verdad de Jesús, no lo verá a la cara ni lo conocerá, porque ni siquiera se tomará la molestia de intentar ser justo. Ha elegido a un delincuente y asesino para dejarlo libre y al bello, al inocente, al pacífico y al bueno, lo condena a la cruz y a la muerte.

Y ahí están también los jóvenes, juzgados por tantos, juzgados por el mundo. Se dicen tantas cosas de ellos: que no tienen valores, que son superficiales y vacíos, que son pura apariencia. Que las

muchachas de hoy son fáciles o débiles. Que los muchachos son viciosos y están perdidos. Hasta de labios de sus propias familias oyen frases como “usted no sirve para nada”, “usted es el mayor error de mi vida”, “usted siempre me ha decepcionado”. Y cuántos terminan juzgándose a sí mismos y deseando más bien no vivir más porque, al fin de cuentas, siempre les fallan a todos. Y, sin embargo, ellos esperan que alguien los mire a la cara, a los ojos y los quiera conocer de verdad antes de juzgarlos, antes de condenarlos.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos:

Señor Jesús,
tú el injustamente juzgado, el inocente condenado,
míranos con tus ojos llenos de amor y misericordia
y revélanos nuestro verdadero rostro,
para que no juzguemos por apariencias,
sino que conozcamos nuestra verdad, nuestra bondad y nuestra belleza.
Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

SEGUNDA ESTACIÓN:

JESÚS CON LA CRUZ A CUESTAS



V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

5

Lectura del Evangelio según san Marcos (15,20)

Terminada la burla, le quitaron la púrpura y le pusieron su ropa. Y lo sacaron para crucificarlo.

La burla, los salivazos, las bofetadas, la corona de espinas y los azotes, todo lo recibía Jesús en soledad, sin nadie que hablara en su favor, sin nadie que pidiera clemencia, sin nadie que lo consolara, sin nadie que sintiera piedad por sus llagas o por sus heridas o por sus lágrimas. Y luego, cuando las risas habían terminado, le cargaron la cruz y lo sacaron para llevarlo al Gólgota. Jesús había dicho que quien quisiera estar con Él debía negarse a sí mismo, cargar con su cruz y seguirlo; pero nadie quiso o nadie pudo hacerlo. Porque el único que se ha negado por amor es Él, porque el único que ha elegido cargar la pesada cruz es Él, porque el único resuelto a caminar el camino que lleva al Gólgota es Él.

Y ahí están también muchos niños y jóvenes, ahí están, solos, solas cargando su cruz. Pareciera que para ellos y ellas no existe la soledad porque están conectados por redes, porque reciben

mensajes de texto, porque les marcan algún “me gusta” por una foto o una frase que publican. Pareciera que no existe la soledad porque tienen treinta o más compañeros, porque hay gente en sus casas, porque como dicen las mamás “no les falta nada”. Y, sin embargo, cuánta soledad. Cuánto querer y hablar y contar lo que pasa por dentro, pero se tragan sus secretos y se atragantan con sus tristezas. Y miran alrededor y no hay nadie o casi nadie que los escuche, nadie o casi nadie que los comprenda, nadie o casi nadie que los consuele, nadie o casi nadie que los ayude a llevar el peso, el inmenso peso de su cruz: cruz de soledad, cruz hecha de recuerdos dolorosos, cruz de todo lo que pesa la vida, cruz de todo lo que los atemoriza, cruz, en todo caso, que es pesada y difícil de cargar.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos:

Señor Jesús,
tú, el abandonado, el que cargas solo la cruz,
míranos a solas, con miedo, con dolor,
cargando también nuestras propias cruces
y acompáñanos con tu amor y tu consuelo
y no nos dejes sentir solos y abandonados.
Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

TERCERA ESTACIÓN:

JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ



V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura del profeta Isaías (53, 4.7)

Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado. Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca: como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca.

No lo narran los evangelios, no nos lo dicen. San Juan nos dirá que es el Verbo Eterno que ha bajado del cielo y San Pablo nos lo presentará como el que no se aferró a su categoría de Dios, y que se abajó haciéndose nada por nosotros. Pero no nos cuentan que haya caído. Sin embargo, sabiendo que era igual a nosotros en todo, menos en el pecado, nos lo imaginamos caído por el peso de la cruz, caído por la pérdida de fuerzas debido a la cruel tortura, caído por los azotes, caído por el agotamiento, caído por el no poder más, por ver tan largo el camino y verse tan cansado Él. Y por eso creemos que cayó, como todos caemos, bajo el peso impresionante de todo lo que pesa. Abatidos, casi vencidos. Pero Él caía para levantarse, porque habría de seguir andando hasta el Gólgota.

¡Ay! ¡Cuántas caídas las de los jóvenes! ¡Cuántas veces dicen con nostalgia, o con vergüenza: “es que volví a caer”! Cuando éramos pequeñitos nos costó un montón de esfuerzo aprender a erguirnos sin tambalearnos, sin caer hacia delante, ni hacia atrás, ni hacia los lados. Pero luego, aunque pareciera que no, hemos caído y seguimos cayendo. La primera caída es ésta que les cambia a los jóvenes su esencia y los hace caer en el foso de la falta de autenticidad: “no seas tú mismo con tus valores y virtudes, transfórmate para ser como todos los demás, con sus mismos defectos y vicios. Toma lo que todos toman, haz lo que todos hacen, deprímete como todos se deprimen, húndete como los demás se hunden, disfrazate con modas y belleza externa y entrégate para que te usen como la mayoría están dispuestos a hacerlo. Y cuando estés caído, lamentate de tu suerte, compadécete de ti mismo, de ti misma, golpea aún más tu pobre autoestima y no se te ocurra creer en alguien que te ame y te pueda salvar, porque lo que quiere este mundo es que estés caído por completo.”

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos:

Señor Jesús,
caído por nuestro amor,
caído para levantarte y seguir andando con la cruz,
míranos en nuestra primera caída,
en la caída que nos aparta de los mejor de nosotros mismos,
en la caída que nos aleja de la belleza y bondad auténticas que pusiste en nosotros,
y danos tu fuerza para que, como Tú siempre lo haces,
nos volvamos a levantar para andar completo el camino de la vida.
Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

CUARTA ESTACIÓN:

JESÚS SE ENCUENTRA CON SU SANTÍSIMA MADRE



V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Lucas (2, 34-35.51)

Simeón los bendijo diciendo a María, su madre: «Mira, éste está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será como una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma». Su madre conservaba todo esto en su corazón.

Ella habría de estar al pie de la cruz, acompañada por el discípulo a quien Jesús tanto amaba; pero la piedad del pueblo cristiano siempre ha pensado que, en algún recodo del camino, en alguna pobre callejuela de Jerusalén, ella le salió al encuentro y lo besó. ¡Cómo no, si siempre fue así! Ella, ante el anuncio del ángel, le salió al encuentro y lo recibió en su vientre. Ella, al azar de un viaje, fuera de la posada, en un pobrísimo portal, le salió al encuentro dándolo a luz. Ella, ante la profecía de Simeón que anunciaba para Él incomprendiones y para ella una espada de dolor, lo apretó contra su pecho y guardó todo en su corazón. Ella lo buscó cuando siendo adolescente se le perdió en la ciudad y entendió que su misión era hacer la obra del Padre. Y ella lo ayudó a dar el paso de comenzar su obra, eso que Él llamaba la hora, cuando lo invitó a transformar el agua en el vino nuevo de la salvación. No había nadie más, pero ella, ella sí estaba allí y seguramente le salió al encuentro.

¿Y los niños y los jóvenes? ¡Cuántos ni siquiera tienen una madre! Unos porque nunca la conocieron, porque ella los dio a luz y los abandonó como quien deja atrás una carga pesada, un lastre incómodo que nos les dejaría vivir su propia vida. Han tenido que llamar “mamá” a un abuelo, a un tío, a un recuerdo fugaz, a una sombra nocturna. Otros, porque su madre comenzó otra vida, en otro lugar, con otro amante, con otra familia, con otros horizontes. Es una madre que es una voz al otro lado del teléfono, un mensaje de Whatsapp, un rostro en Skype, un giro puesto desde un país extranjero. Otros, porque su madre está muy ocupada en ella misma, en su propio éxito, en sus propios intereses, con sus hombres, sus amantes y sus operaciones para mejorarse el cuerpo. Otros porque la tienen ahí, pero como si no estuviera: paga cuentas, echa cantaleta, hace mercado, pero qué poco escucha, qué poco abraza, qué poco besa, qué poco sale al encuentro. Y otros porque han olvidado la manera de llegar a su madre y de dejar que su madre llegue a ellos, se quieren, pero no se lo dicen; se necesitan, pero no se les nota; se desean, pero no saben salirse al encuentro y lo que queda en el aire son palabras frías, enojos y enfados, la pelea tonta de ayer, continuada hoy y para continuarla mañana.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos:

Señor Jesús,
Tú que tuviste el maravilloso regalo de tener ahí a tu Santísima Madre,
míranos y concédenos hallar también el amor materno,
ese amor que se sacrifica por los hijos e hijas,
ese amor que lo da todo por los demás,
ese amor capaz de la más grande entrega.
Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

QUINTA ESTACIÓN:

EL CIRINEO AYUDA A JESÚS A LLEVAR LA CRUZ



V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Marcos (15, 21-22)

A uno que pasaba de vuelta del campo, a Simón de Cirene, el padre de Alejandro y de Rufo, lo forzaron a llevar la cruz. Y llevaron a Jesús al Gólgota, que quiere decir lugar de «La Calavera».

Se llamaba Simón, era de la lejana región de Cirene y se nota que sus hijos, Alejandro y Rufo, eran conocidos en la primera comunidad cristiana. Pasaba por ahí. Volvía del campo. Y lo forzaron. Nadie lleva una cruz por gusto, nadie, solamente Jesús. Todos los demás hacemos grandes esfuerzos para no cargar nada, ni propio ni extraño. Todo lo queremos fácil, llevadero, liviano y si nos cuesta soportar lo que nos toca a cada uno, más aún nos cuesta cargar lo que les toca a los demás. Un hombre obligado pasó a la historia como quien ayuda a cargar la cruz; pero él no es el verdadero ayudador. Porque el único, el único que realmente ayuda a los otros a cargar la cruz, es Jesús y es Jesús el verdadero y auténtico Cirineo que carga nuestras cargas con nosotros.

¡Cómo buscan ayuda! ¡Cuánto la buscan! Es verdad, que tal vez no la buscan donde la verdadera ayuda está. Porque lo que buscan en el placer es un poco de ayuda para soportar la carga de la vida, y lo que a veces buscan en el alcohol o en las fiestas, o lo que buscan en la droga o en las horas y horas jugando juegos de video, o con los amigos del barrio, o vagando por los pasillos de un centro comercial, o contando intimidades a los amigos, no es otra cosa que un cirineo que les ayude a soportar el peso de la cruz. Pero como esa ayuda no ayuda, el peso les pesa por completo y ahí están los jóvenes, mirando si alguien viene a ayudarles a cargar su soledad o sus tristezas o sus recuerdos más dolorosos o sus problemas familiares o sus heridas del alma o sus pocas ganas de vivir o su amargura o sus vicios y errores. Pero no abundan los que ayudan. No abundan los cirineos. Y el único que realmente les ayudaría y daría la vida por ellos, no es el que ellos buscan y, por eso, como no lo buscan, no lo reciben y no lo dejan cargar.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos:

Señor Jesús,
Tú que aceptaste la ayuda forzada del buen Simón,
míranos necesitados de ayuda, necesitados de que cargues nuestras cargas,
porque a veces no podemos más,
porque en ocasiones creemos que ya no podremos andar.
Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

SEXTA ESTACIÓN:

LA VERÓNICA ENJUGA EL ROSTRO DE JESÚS



V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura del profeta Isaías (53, 2-3)

Sin figura, sin belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado de los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultaban los rostros, despreciado y desestimado.

La piedad cristiana ha pensado que era imposible no conmoverse con su sufrimiento y por eso se creyó que alguien, alguien muy valiente —mujer tendría que ser—, se acercó a Jesús entre los soldados y la turba y le limpió misericordiosamente el rostro. Y la tradición ha pensado que ese rostro, el rostro del más bello de los hijos de los hombres, el rostro que reflejaba el esplendor de la gloria de Dios, lleno de escupitajos y moretones, de heridas y sangre, quedó impreso en el lienzo de aquella mujer. No sabemos quién era, solo que lo amaba lo suficiente para tener compasión de Él y que Él le dejó como regalo su rostro. La llamamos la Verónica, el “vero-icón”, porque ella conoció la verdadera imagen de Jesús, su precioso rostro.

Ahí, ahí en el rostro se notan todas las heridas, ahí, en la carita aunque lavada o maquillada, se ve la huella profunda que deja el dolor. Tal vez por eso usan tantas máscaras, porque temen mostrar su verdadero rostro y prefieren disimular. La máscara de la risa que oculta las heridas causadas por la tristeza; la máscara de la autosuficiencia, que oculta las heridas marcadas por los miedos e impotencias; la máscara del “no me pasa nada”, que oculta el “me pasa de todo”; la máscara de los gozos fáciles y los placeres superficiales, que maquilla las heridas y moretones dejados por la vaciedad y el sinsentido; la máscara del “no tengo problemas” que oculta todos los problemas; la máscara de la felicidad aparente por tener todo lo que se tiene, que disimula el dolor de no tener lo que realmente se necesita. Y entonces, también los niños y los jóvenes buscan quién les limpie el rostro, quien lave esa carita manchada de escupitajos y bofetadas, con moretones y hematomas para que vuelva a aparecer el rostro original, el verdadero icono, el rostro que Dios les dio.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos:

Señor Jesús,
Tú que diste a Verónica el gran regalo de tu rostro,
vuelve tu semblante hacia nosotros,
ilumínanos con la luz de tu mirada
y lava en lo más hondo de nuestro ser
tu imagen manchada por nuestras heridas.
Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

SÉPTIMA ESTACIÓN:

JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ



V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura del profeta Isaías (53,5)

Fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron.

No sabemos, no lo sabemos a ciencia cierta, no sabemos si fue así; pero nos imaginamos que entre el Pretorio y el Gólgota Jesús tuvo que haber caído varias veces. Al fin de cuentas, nadie cae solo una vez. Esa cruz tan pesada, más pesada aún por la tristeza y la soledad, más pesada aún por las culpas y los pecados de todos, por una historia completa de humanidad que sabe tanto de horrores y sufrimientos, quebraba sus fuerzas y, por ello, nos imaginamos que Jesús volvía a caer. Pero misteriosamente sacaba fuerzas para volverse a poner en pie, pues su misión no terminaría mientras no terminara y el final de esa misión no era la tierra, sino la cruz entre el suelo amargo y el cielo lleno de nubes.

Y sí, los jóvenes vuelven a caer. Hay quienes caen otra vez en la droga y otros que caen de nuevo en la depresión. Hay los que caen de nuevo en los miedos y los que vuelven a sus angustias. Hay los que vuelven a caer en el cortarse los brazos o las piernas o los que vuelven a los defectos que creían superados, a los errores que prometieron no volver a cometer. Y vuelven a caer cayendo con esas compañías que tanto daño les han hecho, y hay muchachas que vuelven a caer justo con el mismo hombre que las hizo sufrir antes y las hará sufrir otra vez. Porque la primera caída es dura, pero caer otra vez es peor, pues se pierde la confianza en uno mismo. Y, sin embargo, hay que levantarse, porque la misión no es quedarse caído, sino recorrer el camino hasta el final.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos:

Señor Jesús,
Tú no eres el caído, sino el levantado,
el que es levantado en lo alto para atraer a todos hacia Ti,
por eso levántanos con tu amor,
levántanos a la fe y a la esperanza,
levántanos a la vida verdadera y al auténtico amor.
Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

OCTAVA ESTACIÓN:

JESÚS SE ENCUENTRA CON LAS MUJERES DE JERUSALEN



V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Lucas (23,27-28)

Lo seguía un gran gentío del pueblo, y de mujeres que se golpeaban el pecho y lanzaban lamentos por él. Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloren por mí, lloren por ustedes y por sus hijos».

Eran las plañideras, las que tenían como misión lamentarse por los demás. Lloraban, aullaban, se revolvían los cabellos, gemían como parte del cortejo que iba junto a Jesús. Pero no, no era por Él por quien había que llorar. Jesús les dijo que había que llorar por ellas mismas y por sus hijos, porque más que Jesús, eran ellas y ellos quienes habrían de ser golpeados por el dolor que causa la maldad del mundo. El pecado hace daño, siempre hace daño: daña la naturaleza, daña la belleza del mundo, daña a los inocentes animales, daña los bosques y las selvas, daña a los niños no nacidos, daña a los que acaban de nacer, daña a los jóvenes, daña las parejas, daña las familias, daña a los viejos, daña el corazón del ser humano. Por eso hay que llorar para no ser insensibles al dolor del

daño que hace el mal, para al fin tener la fuerza para luchar contra eso que nos hace daño a todos. Uno de los anhelos más hondos de los niños y los jóvenes es el de encontrar quién los acompañe a llorar. Los grandes amigos, las grandes amigas, son esas que lloran con uno, las que sienten como propio el dolor que uno lleva por dentro. Pero no basta con llorar juntos. Eso, por lo que lloramos, es lo que nos hace el mundo, lo que nos hemos dejado hacer. Si hay amigos, si hay amigas, no es para sentarnos a llorar, sino para luchar juntos, para resistir juntos, para sobreponernos juntos, para sanar juntos, para vivir bien vivida la vida juntos.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos:

Señor Jesús,
tú que nos enseñaste a tomar conciencia de que era de nosotros mismos
de quienes debíamos tener piedad,
ábrenos los ojos no para que lloren más,
sino para que veamos la verdad
y viéndola hagamos lo que tenemos que hacer
para dejarnos sanar por Ti y para sanar el mundo que nos rodea.
Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

NOVENA ESTACIÓN:

JESÚS CAE POR TERCERA VEZ



V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura de la carta del Apóstol Pablo a los Filipenses (2,6-7)

Él, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres.

Jesús cayó desde lo más alto del cielo hasta lo más bajo de la tierra, hasta ser un hombre cualquiera, hasta ser un esclavo, hasta ser un crucificado. Su misión empezó por caer; pero su misión era alzarse y alzarlo todo y alzar la creación entera hasta la gloria, hasta la misma plenitud. Alzado en su humilde humanidad, para alzar nuestra pobre humanidad en el esplendor de su vida divina. Alzado en la cruz, para por la cruz alzarlo todo hacia Dios. Alzado en la muerte vencida por la resurrección, para alzar todas nuestras muertes por el perdón y la misericordia y llevarnos con Él a la vida.

Y ahí están los niños y los jóvenes que necesitan ser alzados. “Levántense” les dice Jesús, “no se lamenten más. No nacieron para revolcarse en su barro, ni para arrastrarse por el lodo de sus vergüenzas, ni para chapotear en el fango de sus problemas, tristezas, ausencias y dificultades. Vamos, levántense. Miren su belleza, es la belleza alzada hasta Dios. Miren su verdad, es la verdad divina en ustedes. Miren su bondad, es la misma bondad con la que Dios lo hizo todo y que vio lo que había hecho y era bueno, muy bueno”. Ya sabe Dios que caerán una y otra vez; pero también sabe, lo sabe aún más, que en Jesús han sido alzados con infinito amor hasta la altura de la plenitud.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos:

Señor Jesús,
perdónanos tanta caída,
perdónanos lo fácil que volvemos a caer,
sabes que somos frágiles y temerosos
y que nuestros propósitos se agotan en un instante;
pero Tú levántanos a tu altura,
álzanos contigo a la gloria
y no nos sueltes jamás.
Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

DÉCIMA ESTACIÓN:

JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS



V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según San Juan (19, 23-24)

Después que los soldados crucificaron a Jesús, tomaron sus vestiduras y las dividieron en cuatro partes, una para cada uno. Tomaron también la túnica, y como no tenía costura, porque estaba hecha de una sola pieza de arriba abajo, se dijeron entre sí: «No la rompamos. Vamos a sortearla, para ver a quién le toca». Así se cumplió la Escritura que dice:

Se repartieron mis vestiduras
y sortearon mi túnica.

Esto fue lo que hicieron los soldados.

La tradición siempre ha creído que la túnica era hermosa, hecha de una sola pieza, hecha por el amor de su Madre, la llena de Gracia. Traía puesta otra túnica, una que Él eligió libremente, la túnica de nuestra carne y sangre, la túnica de nuestra humanidad. Y en ese momento supremo, cuando al fin la andadura lo había llevado al Gólgota, le arrancaron las vestiduras y lo dejaron únicamente con nuestra túnica puesta, la túnica desnuda de nuestra desnudez. Dicen que se veían claros los

hematomas, la carne desprendida por los crueles azotes, los moretones inmensos. Dicen que estaba exánime, que había adelgazado mucho en pocas horas, que se podían contar sus huesos. Y, a pesar de todo, ahí estaba el milagro de su cuerpo entregado por amor, igual al que había entregado en el pan consagrado, hermoso como hermoso es Dios, débil, como débiles somos nosotros.

Los niños y los jóvenes despojados de sus vestiduras, despojados de su dignidad. Los niños y los jóvenes desnuditos en la pornografía, en ese inmenso y lucrativo negocio que se alimenta de la belleza de la niñez y de la juventud. Los niños y los jóvenes contactados por el monstruo que les pide fotografías íntimas a cambio de ser vistos, a cambio de migajas de ternura, a cambio de la promesa de un amigo, a cambio de un bonito regalo, a cambio de unos sucios billetes. Las muchachas ofreciendo su desnudez para probar su amor, para asegurar a un chico en sus vidas, para demostrar su libertad. Un mundo que despoja a los niños y a los jóvenes de su dignidad, y lo hace sin escrúpulos, sin remordimientos, sin compasión. Porque desnudos, sí, desnudos, se les puede vender mejor.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos:

Señor Jesús,
Tú que no tuviste reparo en vestirte con la túnica de nuestra humanidad,
revistenos con tu vida divina,
revistenos de Ti,
con tu amor, con tu valor, con tu bondad
y protégenos cubriéndonos con la túnica de tu misericordia.
Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

DÉCIMOPRIMERA ESTACIÓN: **JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ**



V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Lucas (23, 39-43)

Uno de los malhechores crucificados lo insultaba, diciendo: «¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros». Pero el otro lo increpaba, diciéndole: «¿No tienes temor de Dios, tú que sufres la misma pena que él? Nosotros la sufrimos justamente, porque pagamos nuestras culpas, pero él no ha hecho nada malo». Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas a establecer tu Reino». Él le respondió: «Yo te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso».

Dice el poeta que lo que le mueve de Jesús es “ver su cuerpo clavado en una cruz y escarnecido, que lo mueven sus afrentas y su muerte”. Los clavos han entrado hasta los más hondo, taladrando sus manos y sus pies, uniendo carne y madera; madera, hierro y humanidad. Todo unido dramáticamente como si Jesús hubiera elegido atarse a nuestra suerte, clavarle a nuestra historia, pegarse por completo a nuestro sufrimiento. Clavado y bien clavado con los brazos abiertos y ya nunca cerrados como queriéndonos abarcar a todos; clavado y bien clavado con los pies traspasados por el metal para no marcharse jamás, para quedarse ahí siempre, en la cruz, a nuestra espera, para abrirnos el camino que lleva al Paraíso.

Los han clavado, los siguen clavando, los traspasan una y otra vez. Los niños y jóvenes que han clavado a la cruz del abuso y del maltrato, que no importa cuántos años pasen, sus pobres cuerpos recuerdan como si fuera hoy mismo el momento en que les rompieron la inocencia en mil pedazos. Aquellos a los que les taladran las manos y los pies con cuchillas o bisturís porque en medio de la angustia o el desespero quieren clavarse ellos a sí mismos. Los clavados a la cruz de una substancia que iban a inhalar solo una vez, una vez para probar y ya van tantas veces que se han quedado ahí, colgados de esa cruz sin poderse bajar. Clavados a la tristeza, clavados al vacío, clavados al abandono, clavados a la incompreensión, clavados al maltrato, clavados a las malas amistades que no se pueden dejar, clavados a la pandilla que no se puede abandonar, clavados a la pobreza y a la marginación, clavados al horror de un mundo que no es un Paraíso, sino un caos horrible que todo lo corrompe.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos:

Señor Jesús,
Tú te dejaste clavar para desclavarnos a nosotros,
para que no estuviéramos clavados al pecado,
para que no estuviéramos clavados al dolor,
mira a tantos niños y jóvenes que están clavados a realidades que los destruyen,
cófrtalos, consuélalos, sostenlos,
y danos la fuerza para mostrarles tu Reino
y enseñarles a construir un Paraíso.
Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

DÉCIMOSEGUNDA ESTACIÓN: **JESÚS MUERE EN LA CRUZ**



V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Marcos (15,33-39)

Al mediodía se oscureció toda la tierra hasta las tres de la tarde. A esa hora, Jesús exclamó en alta voz: «Eloi, Eloi, lamá sabactani», que significa: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Algunos de los que se encontraban allí, al oírlo, dijeron: «Está llamando a Elías». Uno corrió a mojar una esponja en vinagre y, poniéndola en la punta de una caña le dio de beber, diciendo: «Vamos a ver si Elías viene a bajarlo». Entonces Jesús, dando un fuerte grito, expiró. El velo del Templo se rasgó en dos, de arriba abajo. Al verlo expirar así, el centurión que estaba frente a él, exclamó: «¡Verdaderamente, este hombre era Hijo de Dios!».

“Los amó hasta el extremo”, dice el Evangelio de Juan, y “hasta el extremo” significó “dar la vida por los amigos”. Después de las nubes que todo lo cubrieron, después del silencio de Dios que aturdió, después de las tres de la tarde, después de un grito que acalló todo lo que aún no se había acallado, se quedó muerto como si nunca hubiera nacido del vientre de María, como si la Navidad jamás hubiera sido, como si la vida no existiera, como si nada existiera. Porque si Él que es la luz se había apagado, porque si Él que es la Palabra se había callado, porque si Él que era el amor ya no palpitaba, porque si Él que era la vida ya no vivía, entonces no quedaba nada. Pero quedaba todo. Su amor fue hasta el final y el final era morir de amor, y quien muere de amor vence la muerte y lo hace todo posible. Lo entendió el soldado romano. No era un hombre. No era uno más. Era el Hijo de Dios. Era la vida que vencía.

¿No deberían ser los hijos los que asistieran a la muerte de sus padres? ¿No deberían ser los jóvenes los que acudieran a la muerte de sus mayores? Pero hoy se nos están muriendo los muchachos. Los niños sin nacer a quienes les han negado el primer y más elemental derecho, el de vivir. Los niños golpeados hasta morir, a veces en sus propias casas. Los jóvenes asesinados por la violencia de los barrios, por traspasar las fronteras invisibles. Los jóvenes muertos en accidentes de tránsito. Los jóvenes muertos por una sobredosis. Los jóvenes que se quitan la vida por no ser capaces de sobrellevar sus problemas. Los niños y jóvenes muertos por las armas químicas en guerras que parecen nunca terminar. Los niños y jóvenes muertos en escuelas en las que un loco empieza a disparar. Las jóvenes que mueren por el cáncer de cuello uterino o por el cáncer de mama. Los niños y los jóvenes inmigrantes que mueren intentando llegar a una tierra que los salve. Los niños y los jóvenes que se nos mueren por una bacteria invencible, por un virus que se creía que no los atacaba a ellos. Y todo niño, todo joven muerto es una esperanza muerta. A menos que ahí, con nosotros, esté Jesús.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos:

Señor Jesús,
no dejes morir a tus muchachos,
no dejes morir del todo a tus niñas.
Tú que eres la Luz, ilumínalos;
Tú que eres la Palabra, háblales al corazón;
Tú que eres la Vida, levántalos;
que necesitamos bien viva a nuestra niñez, a nuestra juventud,
que necesitamos bien viva nuestra esperanza.
Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

DÉCIMOTERCERA ESTACIÓN:

JESÚS ES BAJADO DE LA CRUZ Y PUESTO EN BRAZOS DE SU SANTISIMA MADRE



V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Marcos (15,42-43.46a)

Al anochecer, como era el día de la Preparación, víspera del sábado, vino José de Arimatea, miembro noble del Sanedrín, que también aguardaba el reino de Dios; se presentó decidido ante Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Este compró una sábana y, bajando a Jesús, lo envolvió en la sábana.

Lentamente, como para no herir más al malherido; lentamente, para no matar más al que se ha quedado muerto; lentamente, con la delicadeza de quien carga a un pequeño niño, al más frágil, al más débil, al más vulnerable; lentamente, así lo bajaron de la cruz. Y lo dejaron, como años antes lo dejó un ángel, en los brazos de María, dormido junto a su pecho, descansando en su mirada. Ella lo veía, repasaba ese cuerpo hermoso y conocido y conservaba todas esas cosas en su corazón. ¡Ah! Y una vez más le preguntó: “¿Por qué?” “Es que no sabías —le dijo a los doce años— que tenía que estar en las cosas de mi Padre”. Y éstas eran las cosas del Padre: morir de amor.

Escuchen niños, escuchen jóvenes, escuchen, no tienen que quedarse en el cansancio de la vida, en el agotamiento de la existencia. Lentamente, delicadamente, con cuidado y con mimo, sabiendo lo frágiles y débiles que son ustedes, Él los baja de sus cruces y los cuida y los guarda en su regazo, como una madre a su niño, como una gallina que cubre con sus plumas a sus pollitos. Porque ustedes, muchachos, ustedes, niñas, ustedes son las cosas del Padre de las que Él se tenía que encargar y por ustedes, para ustedes, para que tuvieran una oportunidad sobre la tierra, Él se entregó y amó hasta el extremo. Hoy descansen. Cierren sus ojitos y descansen. No más, no sufran más, no se hagan daño más; déjense acunar, déjense querer, déjense salvar, no tengan miedo y escuchen el arrullo con el que Dios los arrulla: fue todo por su amor.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos:

Señor Jesús que estás en brazos de María,
lleva a tus amados jóvenes a descansar contigo,
a descansar en Ti,
porque en Ti tienen Madre,
en Ti tienen la vida,
por Ti tienen a Dios
y gracias a Ti la última palabra la tiene el amor.
Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

DÉCIMOCUARTA ESTACIÓN:

JESÚS ES SEPULTADO



V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según San Juan (19, 38-41)

29

Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús –pero secretamente, por temor a los judíos– pidió autorización a Pilato para retirar el cuerpo de Jesús. Pilato se la concedió, y él fue a retirarlo. Fue también Nicodemo, el mismo que anteriormente había ido a verlo de noche, y trajo una mezcla de mirra y áloe, que pesaba unos treinta kilos. Tomaron entonces el cuerpo de Jesús y lo envolvieron con lienzos, agregándole la mezcla de perfumes, según la costumbre de sepultar que tienen los judíos. En el lugar donde lo crucificaron había un jardín y en el jardín, una tumba nueva, en la que todavía nadie había sido sepultado. Como era para los judíos el día de la Preparación y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús.

No era un sepulcro muerto, era un jardín y en el jardín un tálamo nupcial. Así nos lo presenta San Juan. Él, el Novio, el Esposo, el Amado, está dormido, como cuando el primer hombre se durmió para que de su costilla surgiera la mujer, en el primer Paraíso, en el Paraíso perdido. Era un jardín y a Él lo llenaron de perfumes y aromas, preparado para el amor, preparado para la primera mañana de la nueva creación, y para el amanecer del nuevo y definitivo Paraíso. Era un jardín y en el jardín se recostó. Porque Él permanece en el jardín, en el jardín secreto que habita, guardado y protegido, en cada uno de nosotros. Era un jardín y en el jardín aguarda el Amado, aguarda esperando que lo

busquemos para regresar, al fin, después de tantas lágrimas, al amor, al verdadero amor. Sí, no era un sepulcro. Era un jardín.

Muchachos, niños y niñas tan queridos, escuchen la voz del Amado, escuchen la llamada de quien realmente los ama. Para Él, mis niños, para Él ustedes son verdad y belleza y bondad. Cada uno de ustedes fue creado a imagen y semejanza de Él, con la luz de Él, con su Palabra creadora en ustedes, con un resplandor en su interior, el resplandor de Dios, con una vida llamada a ser inextinguible, invitada a ser eterna. No pierdan el rumbo de sus vidas: ustedes no son extravío, ustedes son encuentro. No se dejen esclavizar: ustedes son auténtica libertad. No se hundan en el engaño: ustedes no son mentira, ustedes son verdad. Porque ustedes son bellos y bondadosos. Porque ustedes llevan en su centro, adentro, adentro, en su interior más interior, un hermoso jardín secreto, donde habita el Amado, donde habita el Señor. Escuchen. Se ha levantado, se ha despertado, viene delante de ustedes y grita delante de todos los sepulcros: “¡Lázaro, sal fuera!” Y, entonces, si quieren, pueden salir a vivir.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos:

Señor Jesús,
abre las prisiones injustas,
rompe los cepos y las cadenas,
levanta a todos de las tumbas
y regala a tus jóvenes el amor que los haga sentir amados,
la bondad que les muestre su bondad,
la hermosura que les devuelva su belleza
y la vida, tu vida, que los haga sentir realmente vivos.
Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

CONCLUSIÓN

Hemos completado el camino de la cruz, al menos simbólicamente. El verdadero camino aún hay que caminarlo. Pero sabemos que, si Jesús está, lo podremos andar mejor. Al fin de cuentas, Él es el camino, la verdad y la vida. Los jóvenes no están solos. Nunca lo han estado. Dios es alegre y joven. Jesús es la misma juventud. Es la plenitud de la vida, erguida y victoriosa, joven, muy joven, más aún, Él es dulce y tierno a la altura de un niño. Y dice el Evangelio que abrazaba a los niños y los bendecía imponiéndoles las manos. Pues bien, terminemos esta Vía de la Cruz sintiendo su abrazo y dejando venir sobre todos nosotros su amorosa bendición.



®

Orden Religiosa de las Escuelas Pías

ESCOLAPIOS NAZARET

"Educación en Piedad y Letras"